

Acerca de la identidad latinoamericana

Sergio Yépez Cordero

Egresado Maestría en Estudios Latinoamericanos

IDELA

Universidad Nacional

Costa Rica



Resumen

La identidad en América Latina ha respondido a un largo proceso de construcción debido a las imposiciones del colonialismo y a la situación del “indio” en la historia de este continente. En este artículo se aborda el tema de la identidad latinoamericana como construcción simbólica basada en la cadena identidad-ideología-alienación-dependencia.

Palabras claves: identidad, historia de América, indio, conquistadores europeos

Abstract

Identity in Latin America has been a long construction process because of colonialistic impositions and the situation of “Indian” people through the history of this continent. In this article, the subject of Latin American identity is considered a symbolic construction based on the chain identity-ideology-alienation-dependency.

Keywords: identity, Latin American history, Indian people, European conquerors

Identidad

La identidad latinoamericana como objeto de estudio puede ser considerada un tema controvertido o retórico, bañado de

múltiples intereses y contradicciones; sin embargo, poseer una idea clara de los procesos de construcción de identidad(es) en Latinoamérica es fundamental para el entendimiento de la realidad contemporánea en todos

sus ámbitos: pobreza, educación, economía, desarrollo, sistemas políticos y aspectos culturales que diferencian la región del resto del mundo.

Uno de los aspectos interesantes cuando se aborda el tema de la (s) identidad (es) es su intrínseca relación con elementos psicosociales y conductuales que nos influyen y definen individual y colectivamente; de allí que la identidad en muchos casos pueda ser abordada por sociólogos y psicólogos, como Maritza Montero en su libro *Ideología, Alienación e Identidad Nacional* (2004), el cual logra desarrollar la interrelación entre la identidad y la alienación e ideología y su impacto en nuestro modo de ser y de vernos.

Al abordar la identidad latinoamericana se debe tener en cuenta que el ámbito psicosocial jugará un rol determinante en la configuración no solo de los aspectos culturales de un país o región, sino también de los elementos socioeconómicos que nos definen y diferencian en un mundo multicultural, que en las últimas décadas ha re-lanzado la homogenización u occidentalización del planeta, por medio del discurso de la globalización, aldea global o mundialización.

Ahora bien, antes de adentrarnos en el tema de la identidad latinoamericana, es necesario dilucidar primero qué entendemos por Latinoamérica y cómo nos vemos propiamente los latinoamericanos.

Latinoamérica

Para Guillermo Castro Herrera (1994), existe una definición sencilla y con una carga eurocentrista al decir que “la América Latina es el espacio correspondiente al territorio americano en el que imperan condiciones de subdesarrollo en oposición al territorio ocupado por Canadá y los Estados Unidos”.

Dicha definición desconoce la realidad histórica y cultural de la región previa a la conquista y la reduce a simples concepciones mercantilistas y de aspectos meramente geográficos.

Partiendo de las definiciones eurocentristas vale la pena preguntarnos cuál es entonces el autorretrato que tenemos de nosotros mismos y se nos vendrán una serie de imágenes a la mente: un conjunto de países pobres, exóticos tropicales, los países problemáticos, los subdesarrollados, los *en vías de desarrollo*, los del *tercer mundo*; en fin, existe una larga serie de adjetivos e imágenes que nos servirían para identificar a Latinoamérica, especialmente luego de tener siglos de procesos de deformación de nuestra autoimagen, fundamentalmente cuando hablamos de desarrollo.

Se nos ha dicho que somos del *tercer mundo*, algo así como un inframundo oscuro, primitivo e incivilizado que desea fervorosamente subir al podio de la *industrialización* y la *modernidad*.

Pero dejemos a un lado las ideas e impresiones culturales y folklóricas clásicas que fueron forjadas en nuestras mentes en procesos educativos deformantes y preconditionantes, y tratemos de establecer una línea de pensamiento crítico de los elementos psicosociales que jugaron un rol determinante en la formación de lo que es la *identidad latinoamericana* actual y de cómo este proceso afectó y afecta la apreciación de nuestra propia autoimagen e interacción con el resto del mundo.

Por otra parte, que lo poco o mucho que se haga en la región es y será destinado para el uso, consumo e intereses de los países del llamado *primer mundo*, disfrazado de comercio internacional. A esta realidad hay que agregarle otro factor y es que Latinoamérica al estar inserta en el sistema mundo occidental, donde las instituciones y el sistema internacional y financiero en todas sus acepciones están diseñados en función de los intereses noreuropeos, lo cual hace más difícil una real emancipación que vaya de acuerdo con las necesidades y características del continente.

Lo usual hasta ahora ha sido tratar de implantar modelos socioeconómicos provenientes de afuera o de enclave (*organismos internacionales y países "industrializados"*), con una clara visión eurocéntrica, en lugar de una generación endógena de conocimiento latinoamericano, lo cual profundiza la

pobreza y la interdependencia tecnológica y económica.

Al desglosar el discurso histórico oficial, se observa que la región ha estado al servicio de Europa (y de los Estados Unidos a partir del siglo XIX) desde la conquista hasta la actualidad. A pesar de los procesos de independencia del siglo XIX y la posterior consolidación de los Estados-nación entre los siglos XIX y siglo XX, la alienación, dependencia y sometimiento nunca fueron realmente desterrados de la región y mucho menos de nuestra psique colectiva.

Entonces, ¿qué es esa *funcionalidad*, por qué Latinoamérica desarrolla actividades suplementarias para terceros, es Latinoamérica sujeta de su propia liberación, qué son los países industrializados y qué somos nosotros a fin de cuentas ?

Origen del continente

La respuesta a esta y otras interrogantes sobre el origen de Latinoamérica y su interacción con el resto del mundo, se encuentra al hacer una revisión crítica de la historia y de los sucesos socio-culturales que auténticamente convergieron para la formación de las protonaciones que posteriormente darían forma a lo que hoy llamamos Latinoamérica.

Entonces, debemos preguntarnos bajo qué condiciones se dio la población del continente, es decir, quienes fueron los

primeros habitantes, en qué periodos llegaron, de qué regiones del mundo provenían, en fin, cómo se constituyeron las primeras civilizaciones de la región.

Deberemos remontarnos mucho antes al período precolombino hasta la actualidad y, más importante aún, tratar de establecer y comprender la idea de *cultura y civilización occidental* en contraposición a las tradiciones y costumbres que tenían los primeros pobladores del continente.

Es necesario entender que esa región que actualmente llamamos Latinoamérica fue absorbida por la *civilización y las culturas occidentales* al momento de la conquista española en el siglo XVI y que antes de la conquista europea, la región que hoy llamamos Latinoamérica tenía su propia historia, tradiciones y nombre que no es precisamente el de *América*.

Entonces, seremos occidentales, seremos latinoamericanos, seremos americanos, ¿Qué somos? Simplemente un híbrido que ha heredado y absorbido principios sociales, culturales y económicos de la civilización occidental.

No somos propiamente europeos, ni mucho menos norteamericanos, somos el resultado del choque de civilizaciones que difieren culturalmente e históricamente una de la otra. Esas diferencias son las que se tratarán de abordar a lo largo de esta ponencia.

Jorge Larraín (2003) respecto al choque de civilizaciones señala que: “En cualquier encuentro asimétrico y conflictivo entre dos culturas, sea porque una invade y coloniza la otra, sea porque a través de medios extensivos de comunicación y comercio, entran en relación estrecha, surge la problemática de la identidad cultural”. Esta idea del autor nos induce a la problemática de la identidad latinoamericana, su autenticidad y características.

¿Pero quiénes fueron los primeros en llegar al continente? Si bien esta zona del planeta no fue ajena a la presencia humana, ¿de dónde vinieron, cómo llegaron al continente y sobrevivieron *aislados* del resto de los continentes?

Se sabe que en la región no se han encontrado restos de prehomínidos; los restos hallados en Latinoamérica son de homo sapiens y dejan descartada la hipótesis que especulaba respecto a que el origen del hombre se dio en América.

Existen varias hipótesis sobre los primeros pobladores de la región y como lo plantea Sergio Guerra Vilaboy (2010):

Se dio un proceso tardío de la población de Latinoamérica con respecto a otros lugares del mundo. Aquí llegaron hombres del paleolítico, nómadas, que se dedicaban a la recolección, la caza y la pesca.

Existen evidencias que se dieron varias oleadas migratorias que dieron forma a los primeros pobladores de Latinoamérica, inicialmente compuestos por grupos humanos de origen mongoloide, que atravesaron el estrecho de Bering (entre Alaska y Siberia). Posteriormente llegaron al continente pueblos australianos, malayos, polinesios y melanesios procedentes del Pacífico. Este proceso se dio a través de milenios, y generan distintos niveles de “desarrollo” de estos primeros habitantes, caracterizados por tener distintos orígenes étnicos, geográficos y de vida.

Estas son características vitales para ir comprendiendo cuán disímil fue el curso del desarrollo histórico, social, económico y cultural de los primeros pobladores de Latinoamérica en comparación con los primeros habitantes de Europa y la costa mediterránea. Mientras, al otro lado del mundo se iba consolidando la llamada civilización occidental, desde sus orígenes clásicos en el referido mar Mediterráneo, pasando por el imperio romano y las hordas bárbaras.

En Europa, a través de los siglos V al XIV, se va gestando la creación de reinos y poderosas monarquías aliadas a los clérigos. De este lado del planeta, se iban estableciendo y conformando civilizaciones que se hallaban en

estados primitivos: “Se daba el tipo de sociedad de subsistencia, escasa producción, bajo nivel de consumo, desconocimiento de cualquier forma de propiedad y ausencia de estructuras clasistas” (Guerra Vilaboy, 2010, p.17).

En cuanto a las características principales de los primeros pobladores del continente, destacamos que eran comunidades igualitarias y sus economías definitivamente no eran intensivas, es decir, no tenían excedentes.

Con el transcurrir del tiempo, desde 700 a.n.e., eso cambiará progresivamente en la región. Los diferentes niveles de desarrollo de grupos étnicos se profundizarán, lo que propició el surgimiento de culturas más avanzadas. Estas civilizaciones emergentes se diferenciaron de un modo decisivo con respecto a su organización política, social y cultural: se basaban en el manejo y conocimiento de la agricultura intensiva, disponiendo de canales de irrigación y métodos de fertilización y dominio de la astronomía. Este fenómeno es clave para entender también la noción de desarrollo de ese momento, ya que conduce progresivamente a los pobladores nómadas a convertirse en grupos sedentarios.

De allí que se empiecen a conformar lo que serán sus territorios, que se articularán en dos grandes centros, uno en Mesoamérica (Anahuac) y otro en los Andes (Tihuantinsuyo). En estas

regiones surgieron sociedades de clases y jerarquías, con imponentes centros de civilización en lo que hoy se conoce como México, Perú y Guatemala.

Con el transcurrir del tiempo y la llamada revolución neolítica, la configuración de estas sociedades estará “sustentada en una propiedad común del suelo y el trabajo colectivo por clanes familiares aunque sometidos a un grupo humano (teocracia) apartado de la agricultura que impuso fuertes tributos en producto y trabajo, a la teocracia indígena le correspondió un papel determinante en los terrenos político, social y económico al ofrecer al pueblo ayuda espiritual y la protección de los dioses” (Guerra Vilaboy, 2010, p. 19).

Por medio de hallazgos arqueológicos se sabe que los primeros habitantes del continente fueron elaborando una suerte de linaje o castas, las cuales a su vez pueden haber sido la base de la naciente organización política y social de dichas civilizaciones. Estos, a su vez, se legitimaban al ser relacionados con deidades.

La escritura y el sistema calendario se inventaron como elementos fundamentales en el registro de los asuntos de castas y linajes, aparte de aquellos de índole agrícola (ciclos de siembra y cosecha, etc.) relacionados con los estudios astronómicos.

Estas civilizaciones poseían una marcada diferenciación social, manifiesta en la arquitectura, en sus dietas y

vestido. Hallazgos arqueológicos han dado con personajes que poseían un *status* elevado dentro de estas sociedades, contrario a las clases inferiores de las cuales poco se sabe por el poco rastro que quedó. De allí que se desconozca aún cómo podía ascender socialmente un individuo que no proviene de una casta privilegiada.

Aquellos grupos paleolíticos que llegaron a nuestro continente durante las glaciaciones darán forma, con el transcurrir de los siglos, a las diversas civilizaciones que habitarán el continente hasta el inicio de la conquista europea, al pasar de la subsistencia y pequeños grupos a elaboradas sociedades y ciudades habitadas por miles de personas. Estas poblaciones pasarán por los llamados periodos clásicos y decadentes de sus respectivas civilizaciones entre 600 y 1540 a.n.e. tanto en Mesoamérica como en los Andes.

El auge de estas civilizaciones se estableció por su manejo de la agricultura, por jerarquizar a sus sociedades mediante el estado teocrático dinástico politeísta, y también por el intercambio de bienes utilitarios y por la construcción de impresionantes ciudades. El Estado teocrático controló el trabajo y los recursos, además de comprar lealtades y esclavizar a tribus menos poderosas.

Vale la pena destacar las diferencias existentes entre la sociedad euromediterránea y los pobladores de Latinoamérica en términos cosmogónicos.

Una de las características fundamentales de la civilización occidental católica-protestante es la existencia de un Dios punitivo y coercitivo. Esta característica se fusiona con la explotación no solo de los recursos que la naturaleza pueda ofrecer en términos comerciales, sino la explotación de otros seres humanos y sus propias sociedades, bajo el subterfugio de constituir un designio divino.

Un ejemplo de esta condición son los colonizadores de lo que hoy se conoce como Estados Unidos, quienes llegaron a esas tierras por mandato divino, y los nativos y la naturaleza estaban allí, proféticamente esperando a ser domesticados o eliminados.

La esclavitud fue un modo de producción muy rentable, que permitió la expansión colonialista de Europa en América durante al menos tres siglos, con la indulgencia de la Iglesia católica. Los portugueses y holandeses fueron los mayores expertos y reconocidos comerciantes de esclavos.

Y con esto no se debe idealizar a los nativos del continente, que también gustaban de esclavizar y dominar tribus más pequeñas. Hay una diferencia abismal en la intensidad que se le dio a esa práctica.

La guerra entre las tribus del continente poseía una lógica instrumental distinta de la del conquistador. Mientras la guerra entre indios solía finalizar con un pacto de honor que concedía el perdedor derecho a conservar sus

costumbres a cambio de un tributo, los europeos dominaban la “racionalidad de la muerte” (Mires, 1992, p.49), a saber la lógica que conduce al exterminio.

Contrario a los naturales del continente, el europeo, no permitía que el perdedor mantuviese sus costumbres, era desposeído de su identidad y su cultura, viéndose así forzado a adoptar la cultura de su conquistador, so pena de ser eliminados.

Dejando a un lado determinismos geográficos y sin adentrarnos en la problemática de la etnología moderna que plantea el citado Fernando Mires, si bien los seres humanos compartimos ciertas características, la realidad es que antes de la conquista europea existió un continente que poseyó visión, identidad, cultura e historia únicas y diferentes al resto de los habitantes del mundo.

En el momento de la invasión europea se cierra para siempre el capítulo de esa historia particular y casi desconocida de los primeros habitantes del continente, para dar paso a un nuevo capítulo más violento y traumático, que es la destrucción y desculturización sistemática de la identidad originaria de la región y sus habitantes, generándose entonces otro proceso ideológico mucho más complejo culturalmente y que desde entonces no ha cesado de hacerse y rehacerse. Al ser absorbido durante las conquista por

lo españoles, el “*nuevo mundo*” se concierte en la periferia y actor fundamental de un proceso histórico clave y ventajoso para una de las

Idianidad

El mal llamado “indio” y su modo de vida se convierten en lo negativo del europeo y la influencia y poder que es oscurantismo católico ejercía en España: las diferencias en los modos de vida y en especial las costumbres y creencias de los naturales del continente no tenían cabida en los parámetros socio-culturales y económicos de los conquistadores europeos del siglo XVI.

¿Pero por qué decimos que “indio” es un término erróneo? Porque mediante ese concepto se establece un nuevo adjetivo para calificar algo que los europeos no entendían, el “indio”.

Mires nos induce a la idea de que no existe tal cosa llamada indio, en la medida en que no existe una conceptualización de este que sea suficientemente aceptable como para admitirla y que provea una respuesta clara sobre el tema.

Obligatoriamente si deseamos hablar sobre identidad en Latinoamérica, primero es necesario tratar de entender y dilucidar qué es eso llamado “indio” y en qué condiciones surge ese término (cfr. Mises, 1992).

Algo que sí entendemos todos en la actualidad es que la idea del indio es

usada para designar un bajo nivel social y cultural. Bonfil Batalla (1972), en su esfuerzo por conceptualizarlo, dice que el “indio sería una invención que implícitamente nos hace referencia a la ruptura con nuestro pasado precolombino”.

Los esfuerzos por conceptualizar al “indio” fracasan, en la medida en que ese “indio” no es un objeto. Lo será para quien trata de conceptualizarlo. Solo existirá para quien lo estudia. Al no ser un objeto, la denotación del término es entonces fluctuante y cualquier noción de indio será difícil de aprehender por esa variación de significado.

Existe un estudio elaborado por las Naciones Unidas en la década de los ochentas llamado *El Informe Cobo* (José R. Martínez Cobo, ecuatoriano, Relator Especial de la ONU, 1986), donde se trata de unificar muchas de las características de lo que conocemos como indio:

Las comunidades, pueblos y naciones indígenas son aquellas que poseyendo una continuidad histórica con la sociedad pre-colonial y pre-invasora, se consideran ellas mismas destinos de otros actores de la sociedad, ya sea prevaleciendo en aquellos territorios o en partes de ellos. Ellas constituyen actualmente un sector no dominante en la sociedad y están determinadas

a preservar, desarrollar y transmitir a generaciones futuras sus territorios ancestrales y su identidad étnica como base de su existencia cotidiana con pueblos de acuerdo a sus propios patrones culturales, institucionales, sociales y sistemas legales (en Mires, 1992).

Uno de los aspectos vitales para entender el estado real de la identidad latinoamericana es hacer una revisión crítica del origen mismo de la terminología que nos ha “definido”, y notar la carga psicosocial que lleva consigo haber interiorizado y aprehendido lo que esa invención significó y significa, en un mundo concebido a partir del humanismo occidental.

Mires desarrolla la muy válida idea de lo que él llama la crisis de la etnología, radicada en su incapacidad para definir su objeto de estudio. Además, llama la atención sobre un aspecto determinante y es que dicha disciplina nace bajo la ideología colonialista. Para este autor la etnología posee un doble discurso: por un lado, es alienante y por otro lado, liberador. Al respecto:

No olvidemos que en la visión originaria de los tiempos modernos, el mundo era concebido como historia y evolución a la vez. Sin embargo, no como historia y evolución arbitrarias, sino que atendiendo al

enunciado de las leyes generales que, conducirían necesariamente al progreso en oposición al pasado medieval en cuyos discursos teóricos la idea del progreso no siendo extraña no era dominante. Los “otros” vale decir todos aquellos seres humanos que a partir de la invención del progreso fueron tratados de incorporar a la lógica de la historia universal o fueron reducidos a factores secundarios –pueblos incivilizados– o fueron marginados en tanto especies subhumanas. (Mires, 1992, p. 23)

Esta situación pone en clara evidencia que en las mentes europeas de ese entonces no había lugar para civilizaciones con las características de los naturales del continente y que sean estos originarios considerados infrahumanos, e incluso se llegase a discutir en el momento si los “indios” tenían alma o no, o si en definitiva eran humanos, al punto que con la indulgencia de la Iglesia, el proceso de conquista y posterior colonia fue considerado casi como un edicto divino.

Claramente los europeos de ese entonces no estaban en capacidad para asimilar modos de vida que no entren en ese hilo lineal historiaevolución que la llamada civilización católica-protestante occidental difunde.

Psicólogos y sociólogos poseen tal vez un término contemporáneo para definir la intransigencia de los conquistadores al tratar procesar el choque de ambas civilizaciones y se llama *comportamiento de la dependencia*, tal y como lo esboza Montero:

Lo que llamamos comportamiento de la dependencia ha sido sellado muchas veces como responsable de las acusaciones (esencialmente aquellas que conforman lo que se denomina tercer mundo, casi siempre naciones colonizadas), y en particular contra sus poblaciones.

Los conquistadores españoles atribuyeron ese comportamiento a la población indígena de América y la misma cosa se ha dicho de los chinos, malasio, javaneses y africanos. Existen similitudes impresionantes entre las características atribuidas: pereza, indolencia, emotividad opuesta a la racionalidad, falta de motivación y de creatividad, violencia y crueldad, superstición y una noción particular del tiempo que adquiere una elasticidad prolongando el presente mientras que el futuro es apartado lo más lejos posible. (Montero, 2004, p. 19)

La autora nos da una aproximación bastante interesante que nos ayuda a entender porqué la historia evolucionó

del modo en que se dio desde la conquista hasta la actualidad. A través de la historia se dará una expansión que permitirá establecer las reglas del juego de los intereses europeos, y simultáneamente se empiezan a tejer profundos y determinantes factores sociales y comerciales que perduran hasta la actualidad. Con esto me refiero a procesos de independencia que van más allá del aspecto comercial y que vienen dados por la lógica de la relación imperio-colonial; es a partir de la conquista cuando se empiezan a configurar aspectos sociales y psicológicos donde el habitante natural del continente fue simplemente esclavizado y marginado de la evolución de ese nuevo capítulo histórico.

La invasión europea y la posterior colonia marginaliza al “indio” y al “negro” en un cruel y premeditado proceso de alienación, deculturización y transculturización, pero a su vez adoctrinamiento ideológico de los parámetros occidentales de vida.

Que la colonia nunca haya planteado la educación del “negro” o del “indio” nos dice a qué nivel de sumisión y dependencia operaban los europeos en aras de mantener el control y el poder sobre la región, los recursos y su población.

En este proceso vemos nuevamente la mano nefasta de la Iglesia al avalar casi implícitamente que no los eduquen, evangelícenlos. Describía Hernán

Cortés: “El cómo traíamos la bandera de la cruz y puñábamos por nuestra fe y por servicio de vuestra sacra majestad en su muy real ventura, nos dio Dios tanta victoria, que les matábamos mucha gente sin que los nuestros recibieran daño” (Cortés, 2003, p.46).

Luego del siglo XVI es el momento en que comienzan a generarse los primeros esbozos de la ideología colonial la cual formará parte fundamental de los procesos de construcción de identidades en Latinoamérica.

Como lo expresa Montero (1984); la idea fundamental es que había que crear una imagen que justificara la conquista, de allí nace la falsa idea de que los nativos no estaban en capacidad de autogobernarse; por lo tanto no es justo, sino necesario que quienes estén más desarrollados los gobiernen por ser más capaces.

Este patrón ideológico se fundamentará en la intensificación de las características “negativas” de los pueblos sometidos, la cual produce una imagen falsa de ellos mismos. Esta situación genera un proceso únicamente benefició a uno de los bandos y a todas las luces estos fueron los europeos, Incluso el percusor de la economía moderna Adam Smith dijo en su momento que:

Las ventajas generales logradas por Europa a partir del “descubrimiento” y colonización de América consisten en

el aumento de los bienes de que por ello disfruta y el acrecentamiento y perfección de su industria... Esas ventajas incluyeron a los países que no comerciaban directamente con América. (en Castro Herrera, 1994, p.73)

Este patrón de conducta se prolongará en el tiempo hasta la actualidad y basta con dar repaso a la realidad internacional contemporánea para comprobar lo expuesto hasta ahora; los altos niveles de dependencia económica y tecnológica hacia los “países industrializados” como parte de un sistema de vida al cual nos acostumbramos de modo natural, ya que sin mayores cuestionamientos aceptamos, interiorizamos, mentalizamos y nos identificamos con el hecho de que somos los “subdesarrollados”, erigiendo una identidad alienada que se disipa en un debate eterno que gira en torno a los supuestos modelos de desarrollo que se deben implementar en los países de la región para adquirir ese “estado supremo” y sublime llamado “primer mundo”, sean estos modelos de izquierda o de derecha. El nivel de alienación, dominación y dependencia se manifiesta al punto que “hemos interiorizado de tal modo el sistema creando una orientación cognoscitiva rígida y negativa que conduce al individuo a rechazar nuevas formas de conocimiento o ser indiferente ante ellas” (Montero, 2004, p.13).

De allí que Latinoamérica se encierre en un sistema que institucionaliza y fomenta la dependencia, el cual gira en torno a la “problemática “ de la región, entiéndase pobreza, falta de educación, inseguridad, niveles de vida paupérrimos, falta de acceso a la tecnología, ingobernabilidad política corrupción, entre otras, pasando de un círculo virtuoso a un círculo vicioso del que habla Castro Herrera (1994).

A través de la historia, Latinoamérica ha sido sometida a un gran proceso de alienación que ha generado, a la larga, una conciencia colectiva alienada que acepta y asume su rol:

La conciencia del país subdesarrollado es, por naturaleza alienada. Siendo atrasada la estructura material que la sustenta, es sumisa por fuerza de los vínculos que la sujetan a las economías fuertes, de las que depende y que la explotan; siendo sumisa, es alienada en el sentido que no está en sí misma el origen de las decisiones referidas a su curso histórico. El fenómeno de la alienación, que es más general que el caso aquí considerado, toma rasgos particulares y se desdobra en varios aspectos específicos cuando los examinamos desde la perspectiva de la dependencia particular que subyuga al país pobre a los más poderosos, que lo

conducen. Se dice de un ser que es alienado cuando no está en posesión de su esencia; entre lo que es, como hecho, y lo que es, como esencia, media un intervalo que define la alienación. (Álvaro Vieira Pinto citado por Ortiz, 1998, p. 49-50)

¿Será posible hablar de una verdadera identidad latinoamericana que no provenga las industrias culturales alienantes y precondicionantes que las crean y mantienen, o todo ha sido un simple efecto placebo del cual nos hemos valido para tener un sentido de propiedad a algo? (entendible luego del genocidio que fue la conquista para los pueblos naturales de la región).

Para hallar una respuesta a esta interrogante hay que acudir a distintas fuentes y disciplinas dentro de las ciencias sociales. Ortiz, a lo largo de su libro *Otro territorio*, nos induce a la muy acertada idea de que la identidad cualquiera que sea esta, es una *construcción simbólica* que ha sido producto del transcurrir de la historia en sus distintas facetas; por lo tanto, se puede indagar acerca de sus artífices o creadores, dicho de otro modo, se puede saber que grupos sociales se dieron a la tarea de ir articulando y sosteniendo toda esta gran elaboración sociocultural.

¿Qué nos plantea entonces el autor con sus afirmaciones? Lo que señala

Renato Ortiz es simplemente que la llamada *identidad* al ser producto de seres humanos, estará entonces predispuesta a los intereses de esos grupos humanos y sociales, sean estos intereses positivos o negativos, y estará sometida a las condiciones y valores históricos del momento, lo cual nos lleva forzosamente a establecer un análisis crítico y profundo sobre la veracidad y validez de nuestros mitos, tradiciones, simbologías, costumbres y festividades.

Tenemos que preguntarnos, entonces, cómo ciertos fenómenos culturales y religiosos se repiten a lo largo del continente, por citar un ejemplo, la aparición de una virgen, llámese del Coromoto en Venezuela, la de Guadalupe en México o la de los Ángeles en Costa Rica, bajo ciertas y específicas condiciones a un “indio” y cómo a partir de esa “aparición” se va construyendo un proceso de culto e institucionalización de la religión católica en Latinoamérica, por medio de la evangelización de una raza que irónicamente había sido politeísta. De igual modo se construyen imágenes identitarias colectivas con los héroes, padres de la patria, patriarcas, cultura popular, mitos y leyendas, los cuales se verán reforzados por el sistema socioeconómico en el que se desenvuelven los individuos.

Este proceso gradual de construcción de la entidad en latinoamericana, según Ortiz (1998), se gesta paulatinamente ante una novedad de la historia

que empieza a forjarse a mediados del siglo XIX y es el concepto de “nación”.

Pero antes de abordar el tema de la construcción de identidad a partir de la formación de protonaciones en el siglo XIX, es importante identificar ante qué nos encontramos si decimos que la identidad es una burda creación simbólica sujeta a intereses humanos y es aquí donde quisiera desarrollar un poco la idea de Franz Fanón que en su libro *Piel Negra, Máscaras Blancas* (citado por Ortiz, 1994), que si bien no se relaciona directamente con el tema latinoamericano propiamente, sino más bien trata sobre la dialéctica de la identidad racial entre negros y blancos, es interesante cómo el autor nos introduce al concepto de “identidad inauténtica”.

Fanon postula que en el transcurso de una colonización se establece una dialéctica (idea original de Hegel) entre el amo y el esclavo y argumenta que para que el negro se pueda constituir en términos de identidad como persona obligatoriamente tomará al amo blanco como referencia, entonces la esencia del negro esclavo está alienada al ser del amo blanco.

Fanon surge con este acertado concepto de identidad inauténtica, que ciertamente podría extrapolarse para tratar de entender el carácter híbrido de la identidad latinoamericana, en la medida en que arraigamos características de nuestros colonizadores europeos para adaptarnos en un mundo occidental.

Tal y como dice el profesor Rafael Cuevas Molina en una entrevista personal:

Su idea de inautenticidad se refiere a la negación que los negros hacen de sus rasgos, valores y características originarias con el fin de ser aceptados por la cultura dominante, con lo cual se asimilan a ésta.

El concepto de “autenticidad” hoy es utilizado por posiciones “esencialistas” que creen en la existencia de un núcleo de identidad inalterable que muchas veces se vincula como “emanando” del paisaje o la etnia.

En ese sentido, no comparto la extrapolación de la postura de Fanon para América Latina en el sentido de que se catalogue a la(s) cultura(s) que aquí florece(n) como auténtica(s) o inauténtica(s). Si comparto la IDEA es decir, la no simpatía hacia las expresiones culturales que se dan en América Latina que buscan IMITAR acriticamente culturas que responden a otros contextos y necesidades.

Pero no le llamaría inauténticas sino las comprendería como parte de los procesos de HIBRIDACIÓN contemporáneos y trataría de explicar estos procesos como parte de INTERESES no solo de grupos sociales sino

también económicos, que dan como resultado expresiones nuevas vinculadas a distintas dinámicas, una de las principales es el CONSUMO, que hoy por hoy es un dinamizador del cambio cultural de primera importancia. (R. Cuevas Molina, profesor del IDELA, Universidad Nacional, 2007)

Durante las gestas de independencia a lo largo del continente, el lento proceso de formación de identidad se fue generando de modo tal que asumimos características de nuestros dominadores para poder construirnos primero como seres pertenecientes a una comunidad y luego como estados y naciones.

¿Es válido hablar de una identidad latinoamericana? Sí, pero de una identidad inauténtica, es decir alienada e ideologizada, que ciertamente en la actualidad se halla en procesos aún más profundos de alienación debido a los avances en los medios de comunicación y la tecnología satelital, además de una bien estructurada agenda que promueve los valores neoliberales como universales dentro del frenesí que generó el discurso de la globalización en la década pasada.

Esta nueva ideología-identitaria inauténtica que se empieza a configurar desde la conquista-colonia pasando por los procesos de independencia, irónicamente consigue en la historia a un aliado

fundamental en el arraigo cognoscitivo de esa identidad fallida y con esto me refiero a la configuración de los Estados Naciones en Latinoamérica durante los siglos XIX y XX; según Ortiz:

Así a la centralización del Estado y la administración... se le añaden otros elementos. Para que la nación se constituya como “principio espiritual”, “conciencia moral”, se pone en marcha toda una dimensión cultural, la unificación lingüística, así como la invención de símbolos son aspectos fundamentales en la elaboración de nacionalidades. Las fiestas cívicas, los desfiles patrios, la bandera, el himno nacional y los héroes patrios, objetos de culto en las escuelas son el cimiento de esta nueva solidaridad. Éste es el contexto en el que se forja la identidad nacional, la imagen donde se autoreconocen los individuos de una misma “comunidad”. (1998, p. 54)

Interesante planteamiento ya que esta protosociedad que se va formando, se gesta a raíz de una identidad inauténtica e ideologizada, la cual, por su carácter simbólico, es susceptible a interpretaciones y manipulaciones, es decir, la identidad siempre estará marcada por intereses conflictivos ya que este proceso de construcción cultural e ideológico es y será una selección de

determinados recuerdos y hechos históricos que trabajarán en función de intereses determinados.

Esta invención en la historia de la humanidad llamada Estado-nación vendrá a convertirse en un elemento homogenizador de distintas lenguas, culturas, nacionalidades, a partir del imaginario colectivo, que es la construcción de la identidad, sea esta nacional o regional. Es entonces la identidad en su acepción jurídica un elemento legitimador.

Este proceso homogenizador se dará por medio de las industrias culturales e instituciones que la nación posee para la difusión de los valores “nacionales”. Así, tendremos en la historia, los historiadores, los académicos, la Iglesia, el sistema educativo básico y superior, el sistema político, los medios de comunicación y las fuerzas armadas, algunas de las herramientas promotoras de los valores que nos proveen y perpetúan una identidad nacional o regional. Se da el surgimiento de una conciencia criolla, el sentido de pertenencia a algo.

Repetición histórica e identidad global

Los procesos de construcción de identidad en Latinoamérica son cíclicos, ya que una vez establecidos los parámetros para fomentar e institucionalizar la simbología de la identidad y una vez que los asumimos

cognoscitivamente, los procesos de construcción de identidad no cesan de cambiar para adecuarse a la realidad histórica del momento, es decir, basta un poco de visión crítica y veremos que aún en la actualidad seguimos en un proceso constante de alienación.

Abstraigámonos un poco y volvamos a la caída del muro de Berlín y el colapso de la antigua Unión Soviética (1988-1992). Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y hasta el colapso soviético, la configuración del mundo como ya todos sabemos era bipolar, por lo tanto el ordenamiento internacional hasta ese entonces tenía una estricta visión realista de las relaciones internacionales y a lo interno de los países existía una conciencia nacionalista sobre la soberanía y la pertenencia a un determinado país, y los valores nacionales eran exaltados y promovidos por las instituciones del Estado-nación, entiéndase, escuelas, iglesias, programas de gobierno, medios de comunicación e intelectualidad, entre otros.

Todo este panorama que había sido el *statu quo* desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, empieza a cambiar y en cuestión de meses el otrora enemigo ahora necesita de nuestra asesoría y ayuda para que entre en la emocionante travesía de la democracia occidental.

El cese del sistema comunista de la antigua Unión Soviética viene a representar la llegada al mercado de

millones de consumidores que habían vivido privados de las maravillas de Occidente y su cultura pop.

Al darse este cambio en el sistema internacional, en el nivel macroeconómico muchos países del mundo, incluida Latinoamérica, experimentarán una nueva fase mundial y me refiero a los nuevos programas económicos que impulsaban el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI).

Progresivamente se empieza a dar un proceso que algunos llaman la “desterritorialización hacia fuera de las fronteras”; esto es una apertura gradual de las fronteras nacionales política y comercialmente, para dar paso a la privatización de empresas nacionales y la disminución del papel del Estado en muchos aspectos de la vida nacional e internacional, la novedad del momento: el discurso de la globalización y decimos discurso, ya que esta idea no es más que una creación simbólica, articulada en un momento clave de la historia en el sistema internacional.

Ya no hay más peligrosos comunistas ni nada de guerras frías o misiles nucleares intercontinentales, debemos ahora enfocarnos en el desarrollo e implementación de un *soft power* que intensifique los procesos ideológicos y alienantes en una nueva identidad mundial comercial.

A partir de la promoción de la llamada globalización, se acentúan ciertos

cambios al fenómeno de la identidad ideologizada inauténtica o fallida, y es que si vamos a hablar de una aldea global, entonces necesariamente estamos hablando de una identidad global la cual ya ha influenciado a las generaciones más jóvenes.

Estas nuevas generaciones poseen nuevos vínculos identitarios, música pop-rock los animés, las mangas, los Simpson, canales de televisión, los *reality shows*, una serie de productos mediáticos los cuales han pasado a convertirse en el referente de la nueva memoria e identidad inauténtica global y, por lo tanto, ideologizada de la cual Latinoamérica no queda exenta de su influencia. Ortiz (1998, p. 63) manifiesta que:

Se trata de referencias de vida. Los viajes de turismo, las visitas a Disney World... la concurrencia a los *shopping-centers*, los paseos por las calles comerciales, forman parte de un imaginario colectivo. Grupos de clases medias mundializadas pueden, así aproximarse, comunicarse entre sí... En este sentido, el mercado, las transnacionales y los mass-media son instancias de legitimación cultural, espacios de definición de normas y de orientación de la conducta. Su autoridad modela las disposiciones estéticas y las maneras de ser”.

¿Qué hacer ante este panorama ya que incluso lo que hasta ahora profesábamos que era nuestra identidad, lo que creíamos que nos hacía únicos y especiales es una gran articulación de intereses creados y mantenidos por el mismo sistema en el cual nos desenvolvemos?

Conclusiones

Tal y como se ha desarrollado a lo largo de este artículo, hemos tratado de develar el estado real de lo que llamamos identidad, sea esta nacional o regional. A partir de los autores utilizados hemos tratado de exponer una realidad respecto a la identidad; no es más que una creación simbólica, dicho de otro modo, es una invención discursiva que se fue gestando desde el momento en que los conquistadores europeos llegaron al continente hasta la actualidad.

De allí que surja el término identidad inauténtica, una entelequia ideologizada y fallida, la cual es el resultado de la escogencia de ciertos y específicos hechos históricos-religiosos, con el fin de convertirse en una herramienta legitimadora.

Fundamental para la construcción de procesos de identidad será históricamente la creación de los Estados nacionales que va paralela con el discurso de la modernidad que conlleva la revolución industrial europea. Se podría decir que es a partir de ese momento cuando

sistemáticamente se generan los primeros signos de esta identidad ideologizada y, por lo tanto, manipulada.

A partir de la revolución industrial, se incrementa la idea de que la historia es evolución, es *per se* evolución, es decir, se es moderno en la medida en que se constituyen los Estados nacionales y en la medida en que estos estén al tanto de los cambios que mundialmente generó la revolución industrial. Es bajo esta visión utópica Estado-modernidad que la identidad latinoamericana encuentra su mayor asidero.

Entonces, ¿Qué hacer si la realidad histórica al ser revisada detenidamente nos pone ante una dura verdad, que debemos hacer, se puede hacer algo para cambiar este panorama?

En tema de una identidad auténtica no se desarrolló del todo, generando así ideología identitaria que se institucionaliza por medio del Estado-Nación. ¿Qué se debe hacer al respecto para cambiar esta situación, si los procesos de construcción de identidad han sido interiorizados cognoscitivamente? Es decir, existe un fuerte arraigo y aceptación en la población del continente de estos tergiversados patrones de conducta que nos dicen que así somos, así hemos sido y así seremos.

Lo fundamental es, ante todo estar dispuestos a reencontrarnos con los verdaderos sucesos históricos que nos

fundaron como continente, además de tener la suficiente capacidad crítica para analizar y para juzgar los valores cívicos y sociales que se nos han impuesto, mediante las instituciones del Estado dedicados a esa labor alienante que es la transmisión de los valores nacionales falsos: la iglesia, la familia, el sistema educativo y cierta visión positivista de la historia, entre otros.

De ese modo, al empezar a cuestionarnos los distintos aspectos que nos dieron origen como continente, se va abriendo paso a una nueva conciencia histórica, no ideologizada, ya que el factor ideológico seudopropagandístico que se generó en el suceder histórico del continente, fue un elemento determinante para la creación del imaginario que es la identidad inauténtica que hoy enarbolamos.

Pero, ¿qué tiene que ver la ideología con la identidad? Para Montero (2004) la ideologización no es un simple proceso unilateral, porque una vez que los individuos están sometidos a ella (ideología-adoctrinamiento), ellos mismos contribuyen a desarrollarla, al mismo tiempo que se está expuesto a su influencia, en razón de los procesos cognoscitivos que nos conducen a lo que la autora define como *desesperanza aprendida*, es decir, un proceso de alienación en el cual no tenemos control de nuestro destino lo aceptamos y, por lo tanto, da igual lo que suceda a nuestro alrededor.

La condición de *desesperanza aprendida* será una constante, ya que el carácter alienante de la identidad actúa en dos distintos niveles: primeramente trabajara en un nivel sociológico, es decir, las condiciones socioeconómicas de los sujetos que se hayan expuestos a los procesos de construcción de identidad.

En el caso latinoamericano es claro el rol que tuvo el llamado “indio” en los procesos de conquista y posterior colonia, caracterizados por la violencia y marginación de los procesos económicos y sociales que generó la conquista europea en el continente, sin enumerar la calamidad que representó (en términos sanitarios) la colonia en la medida en que permitió la importación de enfermedades y síndromes que los europeos contagiaron a los naturales del continente.

Además del nivel sociológico otro ámbito sobre el cual la alienación trabajará en los individuos es el nivel psicológico, esto es, los efectos y procesos producidos (generalmente deformantes) en la psique de los individuos expuestos, en quienes se desarrolla una orientación rígida y negativa que les impide aprender y desarrollar nuevas propuestas a su condición.

Esta situación alienante en los ámbitos psicosociales de los individuos generará una autoimagen que será entonces la expresión de un proceso cognitivo a través del cual los rasgos y características negativos de los individuos o

la población serán generalizados, exagerados o simplificados, produciendo así una representación o imagen inauténtica de los individuos en cuestión. Basta con oír el discurso oficial de los organismos internacionales y financieros al etiquetar a Latinoamérica de países subdesarrollados, subdesarrollo del cual nosotros somos culpables por no ser como ellos (los países noreuropeos). El subdesarrollo será el precio que pagamos por la apatía y falta de civilización de nuestros pueblos, por no estar insertos en esa a triada lineal que es historia-evolución-modernidad.

¿Entonces, qué hacer ante esta gran y elaborada construcción simbólica; es posible en alguna medida establecer un proceso que rompa con esa cadena identidad-ideología-alineación-dependencia?

Para Montero (2004), sí es posible generar procesos de desalienación, también llamados *procesos de transformación de la identidad*. Se debe empezar tomando conciencia de la situación de sometimiento en la que el continente ha estado inmerso, desarrollando un sentido comunitario y colocando el foco de control en los propios individuos.

Se debe adquirir poder sobre el medio para dominarlo, lo cual se genera en el momento en que los individuos asuman la responsabilidad de sus actos, circunstancia en la cual se aprenden las consecuencias buenas o malas de su propia conducta.

La ruptura del asilamiento, la creación de una comunidad, la participación en proyectos comunitarios y en acciones cooperativas, podrían conducir a lo que algunos llaman “control sobre el medio”.

En muchos casos, cuando se trata de implementar estos modelos que buscan romper con el círculo vicioso del cual Latinoamérica ha sido presa, algunas de las naciones “industrializadas” quizás impidan, bloqueen u obstaculicen dichos procesos y generen miedo en la población por medio de la manipulación de la información.

Aun así, Maritza Montero busca sistematizar el proceso de desalienación o transformación de la identidad negativa y señala algunos aspectos que tener en cuenta:

1. Circunstancias económicas y políticas, sociales, culturales, producen la formación de una identidad negativa en grupos colocados en situaciones en las cuales carecen de poder y control. Esa identidad negativa es producto, además, de una ideología.
2. Los sujetos identificados negativamente asumen alienadamente su imagen y una dinámica reproductora de alieneación e ideología, contribuyen a mantener ambas ajustando su comportamiento a la identidad atribuida (identidad rendida).
3. Los cambios a nivel macrosocial producen crisis en el sistema social que se traducen en crisis en la identidad grupal.
4. La propia contradicción entre acción del grupo y los productos de ella genera fricciones. Aparece el malestar pero también al mismo tiempo, una forma de aceptación que paraliza por un período la acción transformadora.
5. Estas crisis permiten que los miembros del grupo puedan contrarrestar la negatividad de su identidad con la positividad de otras imágenes. Así como ver la contradicción entre rasgos atributos y la conducta desarrollada.
6. Se asume entonces la identidad negativa y la imagen consecuente, ya no de manera alineada sino crítica. Se analizan y se someten a revisión las creencias, actitudes, valores y expectativas relacionadas con esa identidad.
7. Comienza la transformación (o para expresarlo mejor la dinámica del proceso continúa) que puede llevar a una desalienación de la identidad, o la sustitución por otra, igualmente ideologizada, dependiendo de los factores alienantes en el sistema y del hecho de que el proceso no se presenta uniformemente en todos los miembros del grupo. (2004, p. 80, 81, 82)

Como se ha expuesto a lo largo de este artículo, si bien esta identidad inauténtica se halla arraigada en nuestros patrones de conducta y pensamiento, siempre existirá la posibilidad de revertir todos estos fenómenos de desesperanza en los que se ha querido

meter a Latinoamérica por medio del discurso del subdesarrollo.

Convicción, disciplina, fortaleza, decisión civil, política y económica, además del conocimiento del medio, pero en especial serenidad en los momentos difíciles, serán también fundamentales para tratar de establecer cualquier cambio en nuestros patrones de conducta psicosociales, en especial para un tema que es sacro para muchos sectores de la sociedad: *la identidad*.

Bibliografía

- Bonfil Batalla, Guillermo. El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial. *Anales de Antropología*. México: UNAM, 1972.
- Castro Herrera, Guillermo. *Los trabajos de ajuste y combate: Naturaleza y sociedad en la historia de América Latina*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura. Casa de las Américas, 1994.
- Cortés, Hernán. *Cartas de relación de la conquista de México*. Editorial Dastin, 2003.
- Guerra Vilaboy, Sergio. *Breve historia de América Latina*. 2ª ed. La Habana: Ed. de Ciencias Sociales, 2010.
- Larraín, Jorge. *La identidad latinoamericana, teoría e historia*. Santiago, Chile, 2003.
- Mires, Fernando. *El discurso de la indianidad. La cuestión indígena*

en América Latina. Quito: Ediciones Abya-Yala / DEI, 1992.

- Montero, Maritza. *Ideología, alienación e identidad nacional: una aproximación psicosocial al ser venezolano*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, 2004.
- Organización de las Naciones Unidas. *Informe Cobo. Estudio del problema de la discriminación contra las poblaciones indígenas*. ONU, 1986.
- Ortiz, Renato. *Otro territorio*. Santa Fe de Bogotá: TM Editores, 1998.

Anexo

Entrevista realizada al profesor Rafael Cuevas Molina (Universidad Nacional de Costa Rica, 2007)

1. Franz Fancon habla de identidad inauténtica en el nivel racial cuando dice que el negro esclavo toma como referencia al amo blanco para constituirse como persona; de allí que su identidad es inauténtica o alienada. Latinoamérica toma como referencia a Europa en su propio proceso de constitución. Si somos el resultado de la expansión-influencia europea entonces, ¿qué es auténtico o inauténtico en Latinoamérica si es que se puede hablar que, en algún momento, existió una identidad latinoamericana auténtica? (pregunto; ya me surge la duda

sobre cómo o quién define qué es o no auténtico en términos identitarios).

R: Fanon se refiere a la cultura negra inserta en el mundo occidental y a las transformaciones que aquella tiene cuando se convierte en cultura subalterna en el contexto de ésta. Su idea de inautenticidad se refiere a la negación que los negros hacen de sus rasgos, valores y características originarias con el fin de ser aceptados por la cultura dominante, con lo cual se asimilan a ésta. El concepto de “autenticidad” hoy es utilizado por posiciones “esencialistas” que creen en la existencia de un núcleo de identidad inalterable que muchas veces se vincula como “emanando” del paisaje o la etnia. En ese sentido, no comparto la extraexplotación de la postura de Fanón para América Latina en el sentido de que se catalogue a la(s) cultura(s) que aquí florece(n) como auténtica(s) o inauténtica(s). Sí comparto la IDEA, es decir, la no simpatía hacia las expresiones culturales que se dan en América Latina que buscan IMITAR acríticamente culturas que responden a otros contextos y necesidades. Pero no le llamaría inauténticas sino las comprendería como parte de los procesos de HIBRIDACIÓN contemporáneos, y trataría de explicar estos procesos como parte de INTERESES no solo de grupos

sociales sino también económicos, que dan como resultado expresiones nuevas vinculadas a distintas dinámicas, una de las principales es el CONSUMO, que hoy por hoy es un dinamizador del cambio cultural de primera importancia.

2. ¿Por qué se habla de identidades en Latinoamérica?

R: Se habla de identidades porque cada grupo social, cada región, cada clase tiene elementos que los diferencian unos de otros. Eso no quiere decir que haya, también, rasgos compartidos entre ellos: lengua, religión, ciertos valores (occidentales), etc. Pero eso pasa en todas partes y, si fuéramos más laxos podríamos decir que hay rasgos identitarios de la especie humana.

3. Una autora venezolana (psicóloga), en su libro *Ideología, alienación e identidad nacional*, y, habla respecto a procesos de deconstrucción identitaria como un elemento que primero nos hace entrar a una nueva realidad donde los valores con los que fuimos formados decaen para crear otro sistema de valores identitarios; por lo tanto, este proceso nos ayudará a tomar el control de nuestro producto (destino), lo cual eventualmente irá cambiando los patrones psicoconductuales de dichos individuos. Si bien no propone una vuelta a lo que algunos llama-

rían “indianidad”, ¿es válido pensar en deconstrucción de la identidad cuando la actualidad mundial nos impone identidades globales?

R: La “deconstrucción” de las identidades es una estrategia metodológica que busca mostrar los intereses y necesidades de distinto tipo (de clase, de etnia, de dominación, etc.) que están atrás de los procesos de construcción de identidades. Los casos que más se analizan en nuestros días son los de las identidades NACIONALES, las identidades FEMENINAS, las identidades ÉTNICAS, etc. La deconstrucción pone en evidencia que las identidades no son “naturales” y que pueden ser inventadas imaginadas, construidas. La construcción de una identidad requiere del dominio del aparato de Estado y, hoy, de los medios de comunicación para crear consenso en torno a valores, prácticas, etc. El sistema educativo es un instrumento fundamental en esa construcción, por

eso en Venezuela, por ejemplo, la disputa en torno a la reforma educativa ha sido tan acerba.

4. ¿Por qué es difícil definir al llamado “indio” creado por los conquistadores y si no es “indio” qué es entonces?

R: ¿Por qué es difícil? La idea de “indio” es una construcción colonial, pues lo que existía en América eran muchos pueblos con muchas culturas, es decir arawakos, mayas, sioux, aztecas, charruas, etc., lo cual fue englobado en una sola denominación que BORRÓ identidades: los indios. ¿Qué son entonces? Son eso: mayas, arawakos... pueblos con sus propias identidades que han sufrido procesos de deculturación y aculturación, lo que los aproxima más o menos a la cultura occidental, y que tienen algunos rasgos en común que provienen de su permanencia durante más tiempo que los occidentales en este continente en donde TODOS somos migrantes.